

## **Interpretar (con) Freud**

Jean Laplanche  
(Paris)

### **1. Interpretar con Freud.**

Interpretar: la palabra no sorprende y la función —profana o más bien sagrada— que ella designa puede parecer bien establecida. En todas las épocas, en todas las áreas culturales, se han interpretado los signos, los oráculos, los escritos. En todos los casos, la interpretación se mueve en la ambigüedad, o como se dice, la “polisemia” del elemento manifiesto: ya sea que el mensaje se da a través de un fenómeno aparentemente natural, o que se enuncie en una frase a menudo falaz, o que por último biblia o corán, desborde ampliamente, por su riqueza, el texto propuesto a una lectura inmediata.

Al encontrar su alimento en la ambigüedad de un elemento dado, la interpretación acrecienta, en sí misma, esta naturaleza ambigua: en el curso de una negociación en que actuó como intermediario, puedo hacer notar mi imparcialidad recordándole que “no soy más que el intérprete de los deseos de su adversario B”. Pero cuando dé cuenta a B de esta entrevista, éste inquietándose de que yo haya ido más allá en su nombre, de pronto se indignará: “en ese caso usted interpretó mi pensamiento”.

Traducir, pero también desviar, agregar, modificar, aunque más no fuera imperceptiblemente, el sentido manifiesto e inmediato es lo que nosotros conocemos también en psicopatología como la interpretación paranoica. Sistemático, munido de una Visión del mundo que indudablemente no es más

que la contrapartida y la transposición de la unidad precaria y amenazada pero tanto más rígida de su yo, el paranoico nos presenta una especie de compendium de todos los procedimientos de la hermenéutica: interpretación de los signos de los gestos, de las ausencias así como de las presencias, también de los textos sagrados o profanos que directa o indirectamente, le son siempre destinados. Todo esto con una justeza

y una penetración que Freud ha señalado bien (<sup>1</sup>).

Efectivamente, retorna todo en su discurso personal, pero siguiendo líneas de fuerzas virtuales, significaciones inconscientes que sólo estaban esbozadas y que él subraya sin piedad.

En el sentido de toda la hermenéutica no-freudiana, cabalística o paranoica, antigua o patrística, interpretar es situarse en un más allá de lo dado y desde ese punto tender a un más acá. Procedimiento que se supone de un saber, y que no temerla compararse al de la ciencia. Pero aquí lo dado se presenta ya como portador de un sentido, como una palabra a descifrar, un libro que simultáneamente habría que leer, traducir, y reemplazar por un texto más verídico. Tal como lo expresa Foucault a propósito de la hermenéutica del Renacimiento: “Sólo existe comentario si, bajo el lenguaje que se lee y se descifra, fluye la soberanía de un Texto primitivo”.(<sup>2</sup>)

Esta estructura a dos niveles, texto manifiesto y texto latente, garante de la tarea de interpretar auténticamente, es llevada y traída por la crítica moderna. El texto manifiesto, gesto, palabra cotidiana o incluso obra, al fin de cuentas no es más que una “naturaleza” abierta a todos los sentidos. No existe “Racine” de Racine, de manera que el crítico clásico que pretende restituírnoslo no es más que un falsario o, en el mejor -de los casos, un ingenuo. O bien, si se admite

---

<sup>1</sup> “(El paranoico celoso) prestaba una atención extraordinaria a todas esas manifestaciones del inconsciente de su mujer, y se arreglaba para interpretarlas rigurosamente, tan es así que a decir verdad siempre tenía razón y podía además recurrir al análisis para confirmar los celos. En realidad, su anomalía se reducía a dirigir una observación demasiado aguda sobre el inconsciente de su mujer y a la cual daba mucha más importancia de la que se le hubiera ocurrido dar a cualquier otro” (Freud 5., 1922). “De quelques mecanismes névrotiques dans la jalousie, la paranoia et l’homosexualité (Trad. en R. R. P., 1932, 5, N° 3, p. 394).

<sup>2</sup> Foucault M. “Les mots et les choses” (Las palabras y las cosas), Paris, Gallimard, 1966, p.56

que había quizá un sentido de la obra para el autor, este sentido no nos interesa más que cualquier otra variante o variación sobre el texto, a lo más como documento “psicológico” y “anecdótico”. Interpretar o leer es todo uno: retomar en su universo personal, reanimar con su propio aliento, como lo hace el “gran intérprete” con la partitura muerta que consigue en Durand (<sup>3</sup>).

Deutung: interpretación. Sin querer caer nosotros también en el misticismo hermenéutico que, basándose en la “profundidad” germánica, toma por discurso científico lo que no es más que exégesis etimológica y filológica, señalemos sin embargo que el término alemán tiene resonancias ligeramente diferentes de las del francés. Deutung es más realista: supone la existencia de un sentido que hay que reencontrar y no crear. Efectivamente, significa esclarecer un texto, pero en su verdadera dimensión, decir la verdadera es encontrar la significación inmanente: la Bedeutung. Para Freud interpretar es ir de un texto manifiesto al texto latente que lo fundamenta, es recorrer en sentido inverso las vías que han culminado en la producción del fenómeno. El presentimiento oscuro del sentido, la intuición, no pueden ser más que, a sumo, precursores de ese trabajo de desciframiento (<sup>4</sup>).

La originalidad de la interpretación freudiana merece en efecto, ser recordada y destacada porque es muy a menudo mal conocida tanto en algunos esfuerzos teóricos para circunscribirla al marco general de una hermenéutica, como en una práctica que, incluso en los psicoanalistas más ortodoxos, no resiste siempre a las seducciones de la lectura a libro abierto.

Nuestro libro, nuestro texto, pueden ser el síntoma neurótico, los actos o el discurso de un sujeto, el texto de una observación clínica, y de manera ejemplar, el relato de un sueño. En ese caso estaremos ante un dato que se presenta con algún sentido y pretende bastarse a sí mismo —significante y

---

<sup>3</sup> La grabación en disco o en cinta de la obra musical o teatral no cambia, en nada a objeción cuando es llevada a su principio: ¿en nombre de qué absoluto privilegiar la ejecución de la Consagración de la Primavera dirigida por el individuo Stravinsky?

<sup>4</sup> Cf. El principio del capítulo de la *Tramdeutung* que trata “el método de la interpretación y sitúa la práctica psicoanalítica en relación con los procedimientos antiguos o populares de interpretación de los sueños (G. W., II-III pp. sq. Trad. Paris, PUF, 1967. pp. 90 sq)

significado—: uno se cuenta los sueños, se ríe o se asusta, su poética es reconocida universalmente. Un texto pues que nos-otros podemos leer e incluso parece ser, resumir, exponer de segunda mano, etc.

Se dice a menudo, Freud mismo lo dice a veces, que el psicoanálisis ha descubierto que existe un sentido oculto de los sueños. Y apoyándose en la noción rápidamente asimilada de “sobredeterminación se agrega que existe una pluralidad de sentidos posibles y quizá todos igualmente válidos cada uno a su mayor o menor nivel de “profundidad”. Si uno se basa sólo en este tipo de formulación mal puede imaginarse lo que distinguiría a Freud de toda la corriente contemporánea que rechaza la idea de que existe una interpretación válida de toda producción significativa.

Y los psicoanalistas mismos se prestan más da una vez a tal reducción de sus teorías y de sus prácticas: asista a una reunión en que uno de ellos expone a sus colegas un caso clínico, y oiga la discusión. Descubrirá fácilmente al más equilibrado y reservado de los auditores: se arriesga a proponer una interpretación más completa o más profunda del material que ha sido expuesto, utilizando sin duda con circunspección, el contexto, la parte de las “asociaciones” que ha sido relatada por el conferencista, etc. Pero el más alocado, y no siempre el más joven, irá hasta traducir de un tirón y como a libro abierto tal sueño que sólo fue contado incidentalmente y sin ningún comentario. El más alocado puede ser por otra parte el conferencista mismo porque desde su puesto, no está necesariamente privilegiado y nada lo autoriza a suponer que tal fragmento manifiesto es portador de un sentido inconsciente suficientemente claro para que sus auditores y él mismo lo descubran sin trabajo<sup>(5)</sup>.

---

<sup>5</sup> Ninguno de los analistas escapó a este tipo de interpretación, y sin duda Freud mismo tampoco, En el momento del entusiasmo por el descubrimiento psicoanalítico naciente, en el asombro de ver encajar las interpretaciones de la cura psicoanalítica de los individuos con las del análisis de los mitos o del folklore. Freud da consistencia y autoridad a una teoría del “simbolismo” que pretende volver a encontrar un lenguaje inconsciente universal de los símbolos que no estarían marcados por la historia del individuo ni siquiera por las particularidades de tal o cual civilización. En esta interpretación llamada “simbólica”, va hasta ver un segundo método paralelo al que pasa por el trabajo paciente de las “asociaciones” individuales.

¿Qué es pues lo que caracteriza a la interpretación psicoanalítica? No es solamente la certeza de que existen en los comportamientos a los cuales se confronte, al menos dos textos: el que el sujeto da o se da en la inmediatez de su conciencia, y un texto, un tipo de discurso inconsciente que se llama “fantasma de deseo”. Es el método necesario para pasar de uno a otro. Este método nosotros lo caracterizamos como análisis, pero en un sentido a la vez hiperbólico y desviatorio con relación a lo que el espíritu cartesiano entiende por eso. Las “reglas del Método” suponían una descomposición en partes naturales y simples, que se pueden yuxtaponer unas a otras de manera que el proceso de la reconstrucción, de la “síntesis”, se desarrollaba naturalmente siguiendo un recorte convenientemente adecuado a las líneas de clivaje del objeto. En técnica psicoanalítica es completamente distinto. Las dos reglas del diálogo, regla de las asociaciones libres para el analizado y regla de la atención igualmente flotante para el analista, forman un todo metodológico.

La tónica está puesta esencialmente en este precepto de tratar igualmente a todos los elementos del discurso, Todos los detalles de un sueño, por ejemplo, deben tornarse sin que ninguno sea privilegiado, como posible punto de partida de una cadena asociativa. Pero el término “elemento” mismo no debe confundir: no hay, en un sueño, partes extra partes que justifiquen una delimitación simple, los elementos no son átomos significantes ni siquiera átomos “distintivos” en el sentido en que la teoría lingüística puede concebirlo para el discurso articulado. Lo que nosotros llamamos elemento del relate, es en realidad cualquier cosa de ese relato, tanto un detalle como una escena e el conjunto del sueño. Entre la parte y el todo no existe ninguna relación de subordinación: la parte puede valer por el todo, el todo puede valer como un elemento entre otros, Lo que Freud ha llamado desplazamiento de la intensidad psíquica o también trastocamiento de todos los valores psíquicos en el sueño, no es otra cosa que la justificación teórica de esta regla del parcelamiento de la unidad significativa según todas las líneas de división imaginables, según las fronteras aparentemente menos naturales que existan. Escandalosa para el pudor o el sentido moral, la regla de no omitir nada durante la sesión y de tratar

---

Sin embargo, pensándolo bien, el “simbolismo” (tomado en ese sentido muy preciso de una “simbólica”) se reduce quizá a un solo símbolo verdaderamente universal: el elemento significativo mínimo Y separable, el “pequeño” (“das Kleine”) y el falo en sus innumerables figuraciones,

cada pensamiento de la misma manera es por lo menos tan chocante para el entendimiento como para el 'yo'. Sólo las comprobaciones y las validaciones de la cura nos obligan a admitir las paradojas y los paralogismos que trae consigo. De ese modo, pueden formar parte de los elementos del sueño, y sin que nada les confiera un valor privilegiado, la impresión que ha producido en mí (¿tristeza? ¿miedo?) o el juicio que yo creo adjudicarle en "segundo grado", "Ese sueño era borroso (flou)" (†) o bien "a partir de ese momento no me acuerdo más nada": estas frases pueden ponernos sobre la piste, no de un carácter del sueño, sino de un "pensamiento latente entre otros: el de mi amiga X que le gusta llevar ropas algo sueltas ("vêtements flous") o el de un olvido que yo había cometido en el estado de vigilia, antes del sueño. Inversamente lo absurdo de un pequeño detalle apenas perceptible puede marcar, como lo haría un "exponente" algebraico, al conjunto de la fórmula del sueño con el signo -de la negación o de la burla. Así también el relato puede valer por el contenido, el significante por el significado- y recíprocamente. Así la metáfora reencuentra todo su peso de realidad: el recuerdo de esta persona, que tengo in mente es realmente el objeto que he puesto en mí, incorporado, propicio o destructor.

Interpretar en psicoanálisis, es primeramente dismantelar y emparejar, de manera radical, la organización del "texto" manifiesto. Es a partir de ahí que hay que seguir sin perder pie las cadenas asociativas que forman una red aparentemente desordenada y monstruosa, sin ninguna proporción ni correspondencia con la cadena a la cual se encuentra ligada. Y si termina por esbozarse un contenido latente, no es nunca como una traducción en el sentido corriente del término, ni siquiera como una transformación que aún siendo tan compleja, en su ley, como una anamorfosis, hiciera corresponder punto por punto texto manifiesto y contenido latente.

Interpretar es aferrarse pertinazmente a los lineamientos del discurso aceptando el no ver más lejos que el paso siguiente, animado por la única certeza de que las huellas del cazador-presa terminarán por dibujar, por los cortes de sus innumerables entrelazamientos, los nudos significantes que

---

\* N. del T.: La palabra "flou" significa tanto borroso (el sueño), como vaporosas, sueltas (las ropas). No existe en español un término que se aplique a ambos casos

jalonan alguna secuencia inconciente (<sup>6</sup>).

Y si a veces es necesario tratar de enunciar esta secuencia en un discurso, apenas puede considerarse interpretación, tan es así que Freud, en un artículo tardío, prefirió introducir el término nuevo de “construcción” a fin de reservar el de interpretación a ese ir de lo singular a lo singular que constituye lo esencial del procedimiento analítico. “El término de interpretación se refiere a la manera en que se trata un elemento particular del material, una idea surgida súbitamente, un acto fallido, etc. Pero se puede hablar de construcción cuando se presenta al analizado una parte de su prehistoria olvidada...” (<sup>7</sup>)

Construir, este procedimiento cercano a la interpretación pero ya distinto de ella, sería unir en la secuencia del fantasma algunos de los elementos significantes a los cuales está fijado el deseo, En cuanto a esta “reconstrucción”, a esta “síntesis” de la cual se han quejado más de una vez que no la llevaré al paciente conmovido pos- el análisis hasta en sus razones que existir, Freud se rehusó siempre. Aquí el adversario, Jung y la Escuela de Zürich, dirige en un doble frente un solo y mismo ataque. A veces, más francamente, exige al analista que reemplace lo que su interpretación “reductora” ha destruido proponiendo al neurótico ideales nuevos de naturaleza “ética” y religiosa (edificar: reconstrucción piadosa...). A veces, más insidiosamente, presenta su exhortación religiosa Como interpretación, sino como- la única interpretación verdadera. Es la vía llamada “anagógica” que pretende derribar la interpretación freudiana restituyéndole su “verdadero” sentido, entroncando con la tradición teológica que del sonido literal de los textos se eleva a su sentido “espiritual”. Son las estructuras fantasmáticas descubiertas por el análisis freudiano que se transforman ellas mismas en “símbolos” a descifrar: “el complejo de Edipo no tiene más que un valor ‘simbólico’, la madre significa lo inaccesible a lo que hay que renunciar en aras del progreso cultural, el padre que se mata en el mito de Edipo es el padre “interior” del cual hay que liberarse para hacerse independiente” (<sup>8</sup>). Es inútil

---

<sup>6</sup> Cf. Laplanche y Leclaire “L’inconscient, une étude psychanalytique” (El inconsciente, un estudio psicoanalítico (Les Temps Modernes. julio 1961) y principalmente el análisis de S. Leclaire del “rêve à la licorne” (sueño del unicornio).

<sup>7</sup> “Constructions dans l’analyse” (Construcciones en el análisis) G. W., XVI, p. 47.

<sup>8</sup> “Contribution à l’histoire du mouvement psychanalytique” (Contribución a la historia del movimiento

destacar que esa pretendida derrota de la perspectiva freudiana líquida el método psicoanalítico en lo que éste tenía de realmente revolucionario y científico, para volver al desciframiento místico del “Tratado de las Escrituras”, Sin querer discutir la eficacia (para quién y para qué) de la terapéutica jungiana, comprobemos que la interpretación sobre la cual pretende fundarse sólo consiste en resumidas cuentas, en captar el deseo del sujeto, en retornar su discurso en otro discurso, el del Médico del alma.

## 2. ¿interpretara a Freud?

Leer — interpretar. Entre estos dos *términos* se sitúa un debate teórico sobre lo que la prensa llama el “retorno a Freud”. Términos también sujetos a interpretación... Porque uno que se dice Lector de Freud ennoblece esta calificación con una mayúscula que debe consagrar su lectura como Unica y Profética. Y otro que quiere afirmar la posibilidad de mantener separados el tiempo de la lectura de Freud del de la interpretación deja de lado, en su propia metodología, lo que nosotros podemos aprender en Freud de una y de otra <sup>(9)</sup>. En efecto, en lo que se refiere al derecho del no-analista a leer Freud, a exponerlo o a interpretarlo no es donde aprieta el zapato <sup>(10)</sup>; es cuando se trata de apreciar lo que se llama lectura y lo que se llama interpretación. ¿Lectura? El Sr. Tort formuló la objeción decisiva: toda lectura de un gran autor no es necesariamente interpretación: “El problema verdadero de la “lectura” no es para nada expulsar toda interpretación, sino construir una que sea rigurosa con el texto”. Y mostrar que una lectura que sólo se pretendiera tal, exposición fiel tendiente, pedagógica -mente, a sustituirse al texto mismo, sería también una interpretación, pero por carencia. Aportemos a este debate dos trozos

---

psicoanalítico) G. W., X, p. 108.

<sup>9</sup> Se seguirá el debate referente a la obra de P. Ricoeur: “De l’interprétation, essai sur Freud” (De la interpretación, ensayo sobre Freud), en: M. Tort: “De l’interprétation ou la machine herméneutique” (De la interpretación o la máquina hermenéutica). Les Temps Modernes, No 237-8 (febr. y marzo 1966) y P. Ricoeur: “Une interprétation phisologique de Freud” (Una interpretación filosófica de Freud). La NEF, N° 31 (julio-oct. 1967).

<sup>10</sup> Es preciso que la intimidación por parte de algunos “analistas”, el chantaje a la experiencia incomunicable, al terreno y a la caza cuidada de la cura hayan tenido la preponderancia para que el filósofo olvidando su proceso soberano (“omo sum...”) deba primero animarse a hacer frente recordando que, después de todo, “Es Freud quien invadió nuestro terreno” (Y se hizo hombre y habité entre nosotros...)



tomados de Freud, sobre lo que hace y lo que dice.

De lo que hace, ya que sucede que él mismo es... lector de Freud y expone sintéticamente su pensamiento, ya sea bajo la forma de una presentación dogmática, ya sea en una historia de la evolución de sus ideas. Por apasionantes que puedan ser, en muchos sentidos, tales textos, tienen su parte de responsabilidad en la degradación y en el envilecimiento de la doctrina, en el desconocimiento y en el falseamiento de su historia verdadera. Si embargo Freud no es de los autores que viven de la explotación de una obra pasada, El cuidado que pone en redactar su Compendio de Psicoanálisis lo prueba, hasta en los últimos años de su vida. Pero es sin duda por naturaleza que el desarrollo sistemático y sintético, que pretende ser un reflejo fiel de la obra y sólo eso, abre el campo a mecanismos intelectuales situados a otro nivel, más "superficial" que los que están en juego en el descubrimiento y en la exposición primera.

El concepto de "elaboración secundaria" forjado por Freud a propósito del sueño, es inmediatamente utilizable en muchos otros campos. Esta "toma en consideración de la inteligibilidad", tiene por fin hacer aceptable ante exigencias morales, lógicas, incluso estéticas del pensamiento en vigilia, un contenido donde se expresa aún, aunque de manera ya deformada, algo de la vivacidad y de la incoercibilidad del deseo inconsciente. Actuando, de -manera ejemplar en el sueño, donde moldea e impone —como "adherido"— el guión, se vuelve a encontrar de manera más o menos marcada en toda producción consciente. "Una función intelectual que exige de todos los materiales que se presentan a nuestra percepción o a nuestro pensamiento, unificación, coherencia e inteligibilidad, nos es inherente; y no teme establecer relaciones inexactas cuando, como consecuencia de ciertas circunstancias, no es capaz de captar las relaciones correctas. Conocemos algunos sistemas que caracterizan no solamente el sueño sino también las fobias, el pensamiento obsesivo y las diferentes formas del delirio. En las afecciones delirantes (la paranoia), el sistema es lo que hay de más manifiesto, domina el cuadro morboso, pero no debe ser descuidado tampoco en las otras formas de psiconeurosis. En todos los casos se puede mostrar que se efectuó una recomposición del material psíquico en función de una nueva finalidad, retoque que a menudo es fundamentalmente forzado, aunque comprensible desde el punto de vista del

sistema”(11).

Leer, y exponer a Freud, según P. Ricoeur, sería dar una “reconstitución arquitectónica de la obra”, “producir... un homólogo, es decir, en el propio sentido de la palabra, un objeto vicario que presente la misma distribución que la obra”(12). Pero si los efectos más directos de la elaboración secundaria se revelan en lo que una obra lleva de más evidente, en el afán de inteligibilidad si no de sentido común, en la estructuración y la disposición arquitectónica, ¿cómo una “simple” lectura de Freud, suponiendo que fuera posible, podría hacer otra cosa que reforzar los efectos de filtro, de censura y de relleno, efectos “yoicos” incluso “superyoicos” ya vislumbrados en la inevitable lectura de Freud por Freud?

De la “lectura” a la “interpretación” pasamos, con P. Ricoeur, de un extremo al otro: de la pura e imposible objetividad a esta “retorna en otro discurso” para la cual el autor reivindica si no los derechos de la subjetividad individual, por lo menos los de un tipo de subjetividad filosófica: “Yo no digo que una sola filosofía sea capaz de proporcionar la estructura de acogida en la cual la relación de la fuerza y del sentido pueda manifestarse: creo que se puede decir la lectura de Freud. La que y o preponga se vincula a la filosofía reflexiva” (13). La franqueza con la que P. Ricoeur define su interpretación como extrínseca, como apropiación de un pensamiento, o también como “retoma reflexiva” no debería sin embargo dispensarlo de responder a esta pregunta: ¿qué sucede, en esta concepción de la interpretación, con el descubrimiento freudiano de la interpretación? Ya que lo que Freud llamó *Deutung*, justamente por lo cual pretendió aportar método original, fundado y confirmado por una experiencia llevada a cabo paciente y rigurosamente, en suma un método científico, o bien es preciso que no sea, en el fondo más que una nueva vicisitud de la eterna hermenéutica, o bien convendría que se nos explicara por qué nada de este

---

<sup>11</sup> Freud S., 1912, “Totem et tabú” (Totem y tabú), G. XV. IX, p. 117.

<sup>12</sup> La NEF. N° 31 (julio-oct. 1967), p. 112

<sup>13</sup> En la NEF. p. 119. Hay términos que rozan su milésimo. Se habla en 1967 de “estructura de acogida” para los futuros huérfanos de la U.N. R. ¿Pero acaso Freud no ha construido en “duro” para que se crea necesario proponer uno (o varios) centros de alojamiento prefabricados para algunos desdichados freudianos errantes y transidos?

método freudiano es, si no directamente utilizable, por lo menos transferible, cuando se pretende uno mismo intérprete de Freud. Y no bastaría el objetamos la confusión de los campos o de los niveles: interpretación del sujeto humano por un lado —interpretación del pensamiento freudiano por otro. Puesto que si entendemos bien a P. Ricoeur, es el mismo tipo de “teleología” que lleva al sujeto y al freudismo a una sucesión de figuras, en la que cada una encuentra su sentido en las siguientes” (14).

A falta de respuesta habría que concluir forzosamente: con su propio método de interpretación P. Ricoeur vuelve precisamente a lo que Freud rechazó siempre, contra lo que luchó a través de la desviación jungiana: la vieja hermenéutica de inspiración religiosa, la “acogida” del sujeto en el seno de una “teleología” que se le presenta como la forma más elevada y auténtica de sus conflictos. Con la Escuela de Zürich, la “anagógico” se encontraba ante el dilema: asumir su naturaleza de endoctrinamiento piadoso o presentarse bajo la máscara de la interpretación psicoanalítica. En P. Ricoeur la hermenéutica se declara abiertamente como reanudación de un discurso en la alteridad contingente de otro discurso (una interpretación) sin retener nada de aquello a que tendía el procedimiento freudiano (“los deseos inconscientes traídos a su expresión última y más auténtica”(15), ni de los medios rigurosos que se atribuía para llegar a ello(16).

### **3. interpretar (con) freud.**

Si llamamos “psicoanalítico” e “interpretativo” nuestro enfoque del texto freudiano, no es en el sentido en que un Ernest Jones en su biografía de Freud lo concibe, inspirándose, hay que reconocerlo, en indicaciones dadas por Freud mismo. El esquema que Freud propone a veces para un estudio psicoanalítico del pensamiento, una psicografía de los artistas, de los filósofos, etc (17) no podría ser considerado como la última palabra del psicoanálisis sobre este

---

<sup>14</sup> En la NEF. p. 124.

<sup>15</sup> Freud S., “L’interprétation du rêve (La interpretación de los sueños), G. W. 11-111, 625.

<sup>16</sup> Para esclarecer la “dialéctica teleológica que permitiría una “retorna” del freudismo, la referencia a Hegel está lejos de ser unívoca. Los mejores y más convincentes análisis hegelianos son aquéllos en que la nueva “figura”, la interpretación, se impone en una permanencia apasionada, atenta y obstinada al contacto de 3a literalidad de la “figura” precedente. Por este aspecto “minucioso”~ del trabajo de “lectura”, Hegel no deja de prefigurar la interpretación “reductora” de Freud.

<sup>17</sup> Freud S., 1911, “L’interêt de la psychanalyse’ (El interés del psicoanálisis).

problema. Acorralado entre la reducción del pensamiento a condiciones puramente subjetivas emergentes de la contingencia de una historia individual, y la crítica simplemente racional de este pensamiento, Freud nunca encuentra más que un hábil compromiso: el psicoanálisis nos dice, pone el dedo en los puntos débiles de tal teoría, pero corresponde a la crítica racional, a la crítica interna, demostrar esas debilidades descubiertas por otra disciplina.

Aplicado a los filósofos, aplicado por Jones a Freud mismo, este método olvida aparentemente uno de los puntos esenciales del descubrimiento freudiano: el neurótico en su síntoma, con mayor razón el pensador hasta en ciertas desviaciones de su razonamiento, debe tener en cierto modo razón. Una psicografía psicoanalítica que siempre tomara en serio esta máxima, no podría desembocar en lo puramente contingente, en lo aberrante, sino en un deseo en que las figuras y las razones dibujan un fragmento de una combinatoria más general<sup>(18)</sup>.

Sin embargo, un psicoanálisis del pensador y de su obra chocará siempre con la objeción de principio: nos encontramos fuera de la cura, condición principal de aplicación del método. Y si se quiere tratar de pasar más allá (como Freud lo hizo para el presidente Schreber por ejemplo) hay que confesar que, pos-a el caso de Freud, los elementos biográficos de que disponemos están increíblemente incompletos, escandalosamente mutilados y censurados (y antes que nada por el autor mismo).

El peso de estas objeciones es considerable, pero sólo incide plenamente en el proyecto de una psicografía psicoanalítica de Freud. La empresa de la cual esbozamos aquí algunas condiciones de posibilidad es diferente: trasponer, mutatis mutandis, el método freudiano de análisis del individuo y de su deseo a las exigencias de un pensamiento, ya sea a lo que, en el plano de la discursividad, se emparenta más con ese deseo. Así como sólo dimos indicaciones fragmentarias en cuanto al método de la interpretación psicoanalítica en la cura, también aquí no podemos más que limitarnos a algunos puntos de método.

Dirigido en el consultorio del psicoanalista, el arrasamiento del pensamiento y

---

<sup>18</sup> Cf. Lo que hemos intentado en nuestro trabajo sobre: "Holderlin y la question du père" (Holderlin y el problema del padre). Paris, PUF., 1961.

de la expresión, la puesta en el mismo plano de lo “insignificante” y de la declaración de principio sin cesar reafirmado, de la parte y del todo, etc., constituye una regla metodológica saludable por el hecho de tomar al revés las elaboraciones secundarias y los disfraces del entendimiento, lo que permite poner en evidencia otras redes de significaciones. Esta regla que se podría llamar también principio del análisis igualitario, lleva a un respeto renovado de la literalidad. Sin que debo descuidarse la literalidad del razonamiento, debe ser confrontada con —y contrabalanceada por— la literalidad de la noción. Un trabajo realizado con J. B. Pontalis <sup>(19)</sup> nos permitió comprobar en qué medida el desmembramiento de un pensamiento, lejos de desembocar en un caos permitía poner en evidencia el rigor del procedimiento freudiano en lo que respecta a la creación y la utilización de los conceptos.

Recorrer la obra en todos los sentidos sin omitir nada ni privilegiar nada a priori, es quizá para nosotros el equivalente de la regla fundamental de la cura. Una vez planteada y aplicada ésta, pueden encontrarse a nivel de la obra numerosos mecanismos o procedimientos del inconsciente:

Lo absurdo de un detalle, se ha visto, puede marcar el conjunto de un sueño con el símbolo de la negación. En la historia del pensamiento freudiano este procedimiento del inconsciente se encuentra en más de una ocasión. De este modo, cuando Freud introduce en 1895 los conceptos de energía ligada y de energía libre que van a hacerse fundamentales en la doctrina, sólo pretende adoptar allí la oposición introducida por Breuer entre dos tipos de energía cerebral: energía tónica o aquinésica y energía cinética. Ahora bien, tres puntos llaman la atención aquí: 1) Freud cree útil emplear otros términos que los de Breuer.

2) Los términos que él utiliza son en realidad tomados de la física de Helmholtz donde tienen un uso bien preciso con el que Freud y Breuer están familiarizados. 3) El uso freudiano de estos términos es aberrante e incluso absurdo en relación con el uso de Helmholtz puesto que la energía libre de Freud corresponde a grosso modo a la energía ligada de Helmholtz y viceversa. Para nosotros ahí está el signo de que hay un desplazamiento a reconocer, una inversión a poner en su sitio: lo que Freud entiende inconscientemente marcar

---

<sup>19</sup> J. Laplanche y J. B. Pontalis: “Vocabulaire de la psychanalyse” (Vocabulario del psicoanálisis). Paris. PUF., 1967.

así con el signo de la crítica, es la teoría de Breuer con la cual, explícitamente, se pretenderá constantemente de acuerdo.

El olvido en el sentido de la represión, sobre el cual encontramos un ejemplo tosco en la teoría freudiana de la génesis de la sexualidad o de la pulsión, ya que Freud, después de haber descrito de manera tan pertinente en los “Tres Ensayos sobre la Sexualidad” el nacimiento de la misma a partir de toda actividad del individuo humano (nacimiento que precisan los términos: autoerotismo, apuntalamiento, perversidad polimorfa, etc.), termina con su teoría del “ello” por reponer aparentemente la pulsión en el orden de la naturaleza y de lo biológico. El psicoanalista, ante un olvido tan masivo y que va a perpetuarse en los sucesores de Freud, no puede evadirse de la interpretación. Este olvido, para él, no es más que el retoño, la vicisitud intelectual de un rechazo fundamental: aquél mediante el cual la pulsión, renegando de sus orígenes infantiles e intersubjetivos termina por darse al sujeto como una naturaleza, desembocando, después de rodeos complejos y aleatorios, en una regulación cuasi instintiva de la actividad sexual del individuo.

Equivalencias o permutaciones del significante y del significado, del ‘objeto y de la expresión, confusión aparente del plano de la realidad **y** de la causalidad con el plano de la metáfora, todo esto hay que rectificado, analizarlo e interpretarlo. De este modo, si se nos dice que el “yo no es solamente una superficie sino la proyección de una superficie” no sirve de nada denunciar la confusión grosera entre el modelo espacial del aparato psíquico c-n la superficie del cual se situarla el ya y el proceso real de proyección ten el sentido a la vez geométrico y neurológico) que vendría a sumarse a este modelo por una ingenuidad demasiado evidente de razonamiento. Hay que llegar a comprender que existen relaciones complejas, redes estrechas entre las metáforas conscientemente propuestas por Freud, las metáforas inconscientes que la interpretación de su pensamiento permite encontrar, y ese tipo de metáfora realizadas (las identificaciones por ejemplo) que el psicoanálisis descubre como constitutivas del ser humano.

Se ve cómo tal tipo de interpretación debería situarse a distancia del manifiesto, hasta qué punto desconfiaría de todo lo que es en la doctrina

retoque “yoico”. Acaso este uso metódico y crítico de emparejamiento de los significantes de la obra implica el rechazo definitivo de toda perspectiva: ¿perspectiva histórica o perspectiva arquitectónica? Se nos perdonará que no hagamos más que evocar aquí este problema complejo.

En un enfoque interpretativo inspirado en el descubrimiento freudiano, quizás la noción de historia (historia de un pensamiento) debería ser retomada a otro nivel: el de una “histórica” (en el sentido que, del problema se pasa a la “problemática”). Lejos de ser más simple que la historia, lejos de lo geometral que podría dar cuenta idealmente del pasaje de un “estado de sistema” a otro “estado de sistema” (20), esta “histórica” sería más compleja, desarrollándose según varios niveles. Pero para plantear los principios de la misma convendría primero examinar las funciones múltiples de la contradicción y situar en su papel y su significación principal la instancia repetitiva del deseo.

¿La arquitectónica? Este término implica demasiado las ideas de sistema, de bello ordenamiento, de armonía, para que el analista no la considere con alguna desconfianza. A menudo prefiere el de “estructura” del cual, más allá de las infatuaciones de la moda, Jean Pouillon ha dado recientemente un ensayo de definición particularmente convincente (21). A esta definición, el psicoanálisis freudiano aporta un acento bien particular, unido a su método; la estructura no podría asimilarse a la forma o al sistema, en la medida en que éstos implican principalmente un equilibrio entre partes de las cuales se puede evaluar el peso comparativo en función de la importancia cuasi volumétrica que toman en el conjunto. Uno de los resultados de la interpretación freudiana, se ha visto, es desvalorizar las consideraciones de ordenamiento, de subordinación de la parte al todo, etc., mostrando por ejemplo, cómo un detalle ínfimo del sistema manifiesto puede constituir, a nivel del inconsciente, el resorte que hace contrapeso a masas “energéticas” considerables. La estructura en Freud (es decir a la vez en su obra y en su objeto), es un equilibrio binario o ternario entre elementos que, en el curso de la historia pueden encontrarse enteramente desplazados, investidos de una función completamente distinta, conservando al mismo tiempo el mismo nombre y aparentemente, la ‘misma naturaleza, en la obra manifiesta. Para no tomar más que un ejemplo, es imposible reencontrar,

---

<sup>20</sup> Cf. P. Ricoeur, *la NEF*, p. 115.

<sup>21</sup> *Les Temps Modernes*, N° 246, nov. 1966.

más allá de las formaciones a veces torpes de Freud, la significación del principio de placer, sin tener en cuenta los trastornos estructurales, los cambios de investidura cuasi caleidoscópicos que culminan en esta aparente paradoja: el principio de placer, situado al principio de la obra freudiana del lado de la pulsión sexual, en cierto momento es anexado a la pulsión de muerte, para encontrarse finalmente como principio regulador del Eros, esta fuerza constructora y generadora de síntesis bien diferente, al final de la obra freudiana, de lo que estaba descrito en 1905 como sexualidad.

Quizá sea posible una historia estructural del pensamiento de Freud con la condición de tener en cuenta plenamente, en su método mismo, el pensamiento freudiano. Presupone detenerse en una obra y en sus “impasses”, aceptar plenamente el tiempo de un análisis “reductor”. ¿Puede reprochársele el desembocar en perspectivas relativamente consistentes en la medida en que logra mostrar, a través de las mutaciones de la teoría, una permanencia de exigencia, la permanencia de un descubrimiento que tiene quizá todavía que encontrar su forma científica adecuada?

(Traducido por **María Elena Folle**)